

L A CRIADA Y LA DONCELLA. — La comparación que hace Marino Gómez Santos entre la doncella de Azorin y la criada de Baroja vale por un volumen, y esto aunque no sea exacta. La doncella de Azorin es bonita y huele a flores. La criada de Baroja es desgreñada y huele a cebolla. Pero fácilmente se ve que las cualidades que esa doncella hace suponer en Azorin — la discreción, la pulcritud, el silencio y el orden — pueden ser también limitaciones: el detallismo excesivo y la falta de vuelo. En sus peores momentos, Azorin ha sido observador miope y escritor asmático. Pero aun en sus mejores momentos, no puede ser juzgado más que con medidas tan limitadas como las de un hogar burgués finamente instalado.

P REGUNTAS, SOLUCIONES, IMPRESIONES. — Pedirle soluciones sería como pedir peras al olmo; casi lo mismo buscar en él problemas. Como crítico, fué subjetivo y versátil, y la que se llama su «etapa pedagógica» no nos ofrece más que un Costa de menor cuantía, un escéptico cortés, cuando no un tremebundo 98, anarquizante y todo. Con razón dice el propio Azorin que eso lo ha borrado suficientemente su obra posterior. Pero, entendámonos, no tanto por lo que esa obra tenga de respuesta o de problema como por la impresión que esa obra nos ha transmitido. Ese es el reino de Azorin. El mismo lo ha reconocido: opinar, no opinar. Lo que hace es sentir. Pero, ¿qué?

E SPANA CRITICADA, ESPAÑA CONTEMPLADA. — Su primera España — la del Azorin «pedagogo», sociólogo, 98 puro — es una España negra: sin niños, ni novios, ni risas; con sólo viáticos, entierros y doblar de campanas. Gaspar Gómez de la Serna prefiere a ese Azorin, que nos enseña a ver nuestros pueblos haciendo visera con la mano sobre los ojos para que no nos deslumbre el resplandor de la Historia. El Azorin posterior es sólo un contemplador estético de esos pueblos miserables. Solamente en parte tiene razón Gómez de la Serna. Aquella crítica tenía de bueno que era crítica; de malo, que le faltaba... amor, escribí alguna vez, y ahora rectifico y pongo fe, porque la contemplación de la condición carnal de una Patria pobre exige el contrapeso de un acto de fe en aquello que no vemos y existe, sin embargo, y es el alma radiante de la Patria, y esa fe les faltó a los del 98, y por ello, si es que tuvieron amor, fué más por la España que ellos se imaginaron que por la España real. Lo ejemplar de Azorin fué precisamente que acabó por descubrir ese alma escondida, aunque sólo a medias, porque no profundizó lo suficiente, y así la amó exclusivamente como pasado. Le faltó nervio para otra cosa, como dice Santamarina con acierto. Que es por lo que, atendiendo a «su» España, más que dormida, muerta, se le ha tachado de antiheroico. La Historia es para él «un pasado espiritual de siglos y siglos, que es lo que realza y ennoblece todas las cosas y todo el paisaje». No es un alcázar. Pero su contemplación tiene de bueno que es ya amorosa. Azorin dará con una nota de la Patria — la gravedad, el ensimismamiento — que en «Una hora de España» le llevará al límite justo de la comprensión total y más cerca de ella que todos, menos uno, los de su generación. Esto, ¿se puede explicar sólo con su formación francesa? González Ruano dice que sí, y que Azorin ve España exactamente como querriamos que la viera un gran viajero francés. Azorin debe mucho a la Francia clásica, clara, simétrica y exacta, es verdad; pero, ¿le habría bastado la Francia clásica para escribir «Castilla»?

O RATORIA Y SOBRIEDAD. — En un libro fundamental, menos comentado de lo que merece, «Modernismo frente a 98», Guillermo Díaz-Plaja señala que el ser levantino y el más «artista» del 98 acercan a Azorin a los modernistas, pero en seguida aclara que en todo lo demás es un puro 98. Entre «lo demás» está el predominio de lo ético sobre lo estético. Pues bien; escribir como lo hace Azorin me produce la impresión de que es, más que un ejercicio estético, un ejercicio ascético; que se trata de limpiar el espí-

tu más que de limpiar el lenguaje, y que sus curas de idioma en Toledo, Burgos o León son una especie de ejercicios espirituales contra los pecados de imprecisión y de oratoria. Azorin ha caído más de una vez en el amaneramiento y la imitación de sí mismo, pero en su estilo es donde las fronteras de su reino llegan más lejos. José María Valverde señala que porque le ha despojado de elementos corruptibles, y, en efecto, es lenguaje reducido a la mínima expresión, literatura esencial. Y más que literatura.

Azorin, exponiendo su impresión de España sin casticismo ni arcaísmos; la sobriedad y la precisión de Azorin, tras la retórica y la vaguedad de la generación anterior, la que Marañón llama «su claridad de nácar», constituyen su máxima aportación, no ya al modo de escribir, sino al modo de ser de los españoles de mi generación.

R ELIGIOSIDAD. — La revista sacerdotal «Incunabla», despidiendo con melancolía al viejo maestro, se lamentaba de que su exquisita sensibilidad no se hubiera acercado más al tema religioso, pero le agradecía la simpatía y el cariño con que siempre lo trató (no cuento ciertas apreciaciones del primer Azorin, no enteramente desperdiciables, sin embargo). Pero el franciscanismo de Azorin, su inclinación por los hechos mínimos, cotidianos, repetidos; los «primores de lo vulgar», que no son sino primores de lo poético; su ternura, en un ambiente demasiado reseco y esquinado; la humildad con que recoge las vidas sencillas de que nadie se ocupa, los detalles que nadie percibe, tienen valor religioso. Azorin no puede ayudarnos para hacer el futuro. Lo petrificaría. Su España — dijo voz autorizada — «está compuesta de cosas rendidas que se inclinan hacia la muerte». Pero en un orden superior es mucho que la obra de Azorin se incline hacia la muerte. Vivimos demasiado de prisa. Azorin nos detiene. No dice nada. Sencillamente nos invita a sentarnos y a contemplar cómo todo pasa. Esto tiene también valor religioso.

P ROGRAMA Y AMOR. — Manuel Riera afirma que Azorin es un clásico de la política con la misma dimensión con que es un clásico de la literatura. Exagera. Ni la biografía política de Azorin nos interesa ni el mensaje crítico del primer Azorin es exclusivo suyo, sino que lo comparte con los demás 98. Más que un «programa», lo que políticamente importa en él es el amor de España que palpita tras imágenes imborrables: Alicante y unos cántares de barro poroso rezumando el agua; Granada y un clavel rojo sobre el azabache del pelo; La Mancha, surcos hasta el confin del horizonte; Andalucía, una pared encalada de blanco; Castilla, sembrados verdes y alondras en lo alto... Ese amor, su religiosidad, su sobriedad, son el mensaje de Azorin.

El extraordinario de «Revista» prueba que lo reconoce una generación que, ciertamente, no piensa, ni quiere, ni puede arrebatarse al maestro lo trabajado lo ansiado, lo sufrido, y si pedir a Dios que prolongue una vida como la suya: limpia y honesta.

José María GARCIA ESCUDERO

"Arriba" Madrid
4-VIII-53